

TEORIA

ESTRATEGIAS DE ACUMULACION, FORMAS DE ESTADO Y PROYECTOS HEGEMONICOS

Bob Jessop

A pesar de la abundante literatura sobre el Estado en las sociedades capitalistas, todavía estamos deficientemente equipados para abordar algunos problemas teóricos fundamentales. La búsqueda de soluciones ha llevado con frecuencia a los marxistas a utilizar otros conceptos y enfoques no marxistas lo cual, en ocasiones, implica el riesgo de disolver un análisis claramente marxista en una explicación del Estado excesivamente pluralista y ecléctica.¹

Entre los temas más problemáticos en el ámbito de la teoría del Estado se encuentran: la supuesta "autonomía relativa" del Estado, las fuentes de la unidad de clase del poder estatal, la periodización del Estado, sus bases sociales, la naturaleza precisa de la hegemonía y su articulación con la coerción y, finalmente, el papel del estado-nación en el cambiante sistema mundial.

Sin lugar a dudas, esta lista podría crecer más, pero estos temas bastan para ocupar nuestra atención en este artículo. Los abordaremos a través de un tópico más general: el del análisis de la forma y sus implicaciones respecto a las esferas política y económica de la sociedad capitalista. Argumentaré que tanto la forma-valor como la forma-estado son indeterminadas y que deben ser complementadas con estrategias que les impriman una coherencia sustantiva, ya que de otra manera, permanecerían como unidades formales. En este contexto, elaboraré los conceptos de "estrategia de acumulación" y "proyecto hegemónico".² Comencemos ahora con el concepto fundamental de cualquier análisis económico marxista serio y revisemos las implicaciones de la forma-valor.

¹ En parte esta afirmación constituye una autocrítica: las conclusiones de mis trabajos recientes menosprecian la importancia fundamental de la forma valor para el análisis marxista y, en consecuencia, corren el riesgo del eclecticismo. Cfr. B. Jessop, *The Capitalist State*, Oxford, Martin Robertson, 1982.

² Los argumentos que aquí se presentan fueron desarrollados en otro artículo pero han sido modificados en varios aspectos. Ver: B. Jessop, "Business Organizations and the rule of Capital", en *West European Politics* (en imprenta), 1983.



La relación del capital con la "forma-valor"

El capital es una relación social determinada por la forma. La acumulación del capital es la resultante compleja del balance cambiante de las fuerzas de clase en lucha que interactúan dentro de un marco de referencia determinado por la forma-valor.

Designamos por "forma-valor" a la relación social fundamental que define de matriz del desarrollo capitalista,³ la cual comprende un número de elementos interconectados que están vinculados orgánicamente co-

³ Mis siguientes comentarios sobre la forma del valor están fuertemente influenciados por los trabajos: D. Elson, ed. *Value the Representation of Labour in Capitalism*, London, CSE, 1979 (especialmente por el artículo del propio Elson "The Value Theory of Labour"), y M. Itoh, *Value and Crisis*, London, Pluto Press, 1980. Sin embargo, al comprimir y simplificar sus argumentos en el presente artículo, he modificado su lenguaje e introducido algunas diferencias en la interpretación. Para una discusión más profunda, el lector deberá consultar las obras citadas.

mo momentos diferentes en la reproducción global de la relación del capital. En la esfera de la circulación, estos elementos son, entre otros, las formas *mercancía, precio y dinero* a través de los cuales transcurre el intercambio de bienes y servicios. En la esfera de la producción, la forma-valor se refleja en la organización del proceso de trabajo como proceso de valorización ("valor-agregado") y en su subordinación, bajo presiones competitivas, a los requerimientos de costos reducidos y/o de mayor producción.

En tercer lugar, la forma-valor se asocia con el proceso de mercantilización de la fuerza de trabajo, con la subordinación de esa fuerza de trabajo al control capitalista dentro del proceso de trabajo mismo y con su remuneración y reproducción a través de la forma-salario.

De manera más general, la forma-valor está unida a la ley del valor. Es decir, al mecanismo que gobierna la asignación del tiempo de trabajo entre diferentes actividades productivas de acuerdo con la fluctuación de los precios del mercado en torno de los precios de producción. Estos últimos a su vez, reflejan el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en las distintas mercancías. En las economías capitalistas, este mecanismo es mediado por las fluctuaciones en las ganancias (precio de mercado menos precio de costo) así como por las decisiones desarticuladas de los capitales competidores sobre las oportunidades de ganancia asociadas a los diferentes patrones de inversión y producción.

Todos estos elementos interconectados de la forma-valor definen los parámetros dentro de los cuales puede ocurrir la acumulación y al mismo tiempo delimitan los tipos de crisis económica que pueden ocurrir dentro del capitalismo.

A pesar de que no es posible entender la especificidad histórica del capitalismo sin hacer referencia a las complejas ramificaciones de la forma-valor, esta última no determina, por sí misma, el curso de la acumulación. De hecho, la misma sustancia del valor (el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en las mercancías) depende en gran parte de la habilidad del capital para controlar al trabajo asalariado en el proceso de producción, lo cual, a su vez, depende de los resultados de una lucha de clases económica en la que el balance de fuerzas es moldeado por muchos factores que rebasan la forma misma del valor.

Por otra parte, las complejas relaciones internas entre los diferentes momentos de la forma del valor sólo poseen una unidad formal; es decir, están unificadas sólo en tanto que modos de expresión de la producción generalizada de mercancías. La unidad sustantiva y la

reproducción continuada del circuito del capital dependen de la coordinación exitosa de estos diferentes momentos dentro de los límites de la forma del valor. Pero esta coordinación se da necesariamente a posteriori y en una forma anárquica (ya que tanto las decisiones económicas esencialmente privadas como las actividades del sistema capitalista se vuelven socialmente válidas sólo a través de la lógica competitiva de las fuerzas del mercado con todas sus consecuencias inesperadas) y hay muchos puntos donde el circuito puede romperse y permitir el surgimiento de las crisis económicas.

Aún más, mientras que las posibilidades y formas de tales dislocaciones y crisis son inherentes al circuito del capital, su aparición, ritmo y contenido dependen de muchos factores colocados más allá de la matriz establecida por la forma-valor. Estos factores incluyen no sólo los caprichos de la competencia entre los capitales individuales y las coyunturas cambiantes de la lucha de clases económica, sino la utilización contingente de diferentes condiciones externas (como los sistemas legal y político) necesarias para que funcionen las fuerzas del mercado y la producción capitalista. En síntesis, aunque la forma-valor define los parámetros básicos del capitalismo, por sí sola es una guía inadecuada para comprender su naturaleza y su dinámica.

Esto quiere decir que el circuito del capital no tiene necesariamente una unidad sustantiva ni un patrón predeterminado de acumulación. Dentro de la matriz establecida por la forma-valor, hay un amplio margen para la variación en el ritmo y el curso del desarrollo capitalista. En este sentido, la forma-valor constituye un terreno dentro del cual pueden tener lugar diferentes intentos de reproducir la relación del capital y la naturaleza de la acumulación dependerá del éxito o fracaso de estos intentos. Por ello, debemos desarrollar nociones que nos permitan analizar las estrategias económicas.

Hasta ahora, los análisis marxistas se han inclinado, ya sea a adoptar un enfoque basado en la "lógica del capital" que subsume los diferentes patrones de acumulación dentro de "leyes" económicas generales, ya sea a reducirlos al resultado de luchas "económico-corporativas" específicas entre diferentes fracciones y clases.⁴

Considero, por ello que, para comprender íntegramente estas variaciones en los patrones de acumulación,

⁴ Para un análisis de la distinción entre enfoques teóricos sobre el capital (*capital-theoretical*) y teóricos de clase (*class-theoretical*), véase: B. Jessop, *The Capitalist State*, Op. Cit.

necesitamos de conceptos “teórico-estratégicos” que puedan establecer nexos significativos entre por una parte, las leyes abstractas, producto de una teoría del capital, que se refieren al movimiento de la forma-valor y por la otra, las modalidades concretas de las luchas económicas tal como las analizaría un enfoque teórico “de clase” que generalmente descuida la forma en favor del contenido.⁵ El concepto de ‘estrategia de acumulación’ es particularmente útil en estos casos y vale la pena considerar sus implicaciones con algún detalle.

Una “estrategia de acumulación” define un “modelo de crecimiento económico” específico con sus diferentes precondiciones extraeconómicas y señala la estrategia general adecuada para su realización. Para tener éxito, el modelo debe unificar los diferentes momentos del circuito del capital (capital monetario o bancario, capital industrial, capital comercial) bajo la hegemonía de una fracción (cuya composición variará en relación con la etapa de desarrollo capitalista).

Debemos distinguir el ejercicio de la hegemonía económica producto de la elaboración exitosa de una estrategia, de la simple dominación económica y de la *determinación económica en última instancia* ejercida por el circuito del capital industrial. El corazón del circuito del capital es el proceso de producción (en términos populares: la riqueza debe crearse antes de ser repartida). Esto significa que el proceso del capital productivo (industrial) es el factor económico determinante, en última instancia, del proceso de acumulación y que las tasas reales de ganancia del capital monetario —bancario— (incluido el crédito) y del capital comercial tomados conjuntamente (y en consecuencia, haciendo abstracción de la competencia) dependen, a largo plazo, de la continuada valorización del capital productivo (industrial).

La dominación económica no es privativa de una sola fracción del capital y se presenta siempre que una fracción es capaz de imponer a las demás sus intereses “económico-corporativos” particulares a pesar de los deseos de éstas y/o a costa de ellas. Semejante dominación puede derivar directamente de la posición que ocupe la fracción relevante dentro del circuito global del capital en una coyuntura económica específica, y/o, indirectamente, del empleo de alguna forma de coerción extraeconómica (inclusive el ejercicio del poder del Estado).

⁵ Uno de los desarrollos recientes más interesantes en el análisis marxista se refiere precisamente a la creciente preocupación por los problemas de la estrategia socialista; el campo de las estrategias capitalistas, sin embargo, está todavía descuidado.

Por contraste, la *hegemonía económica* deriva del liderazgo económico obtenido a partir de la aceptación general de una estrategia de acumulación que favorece los intereses inmediatos de otras fracciones mediante la integración del circuito del capital en el que están implicadas, al mismo tiempo que asegura el interés a largo plazo de la fracción hegemónica que es siempre el de controlar, en su propio beneficio, la asignación del capital monetario hacia los diferentes sectores de inversión. Así, mientras puede ocurrir que la dominación económica resulte incompatible con la continuada integración del circuito del capital y produzca la desvalorización a largo plazo del conjunto del capital social debido a sus efectos adversos sobre el capital industrial (en tanto que último momento determinante en el circuito global) la hegemonía económica se gana mediante la integración del circuito y la continuada expansión del capital industrial aunque la fracción hegemónica no sea la industrial. Sólo a través de la consideración sistemática de las complicadas formas de articulación y desarticulación de la determinación económica en última instancia, de la dominación económica y de la hegemonía económica, podremos comprender la dinámica, también compleja, de la economía capitalista.

Esta definición de hegemonía económica no sostiene que la aceptación de una determinada estrategia de acumulación termine con la competencia o que trascienda los conflictos de intereses entre capitales o fracciones particulares. Sin embargo, la aceptación de las fracciones implícita en el concepto, provee de un marco de referencia estable dentro del cual puede tener lugar la competencia y donde pueden enfrentarse intereses conflictivos sin que ello afecte la unidad global del circuito del capital. En buena medida esto depende de la favorable disposición de la fracción hegemónica para sacrificar algunos de sus intereses “económico-corporativos” inmediatos con el fin de mantener el equilibrio de compromisos entre las diferentes fracciones. Es esto, justamente lo que le permitirá llevar a cabo la asignación del capital monetario en aquellas áreas de la inversión donde se maximicen las formas específicas de ganancia (revenue).⁷ Si la fracción hege-

⁶ El capital monetario —capital dinero, capital bancario— es la expresión más elemental del capital en general; de acuerdo con la ley del valor, se asigna a las diferentes áreas de inversión en función a las variaciones de la tasa promedio de ganancias; pero es importante no perder de vista que este proceso de asignación depende de las decisiones de capitales específicos cuyas opciones están sujetas a la validación social a través de las fuerzas del mercado sólo de una manera posterior (*post hoc*) y anárquica. El poder de asignar el capital monetario (directa o indirectamente) es un atributo importante de la dominación económica y de la hegemonía económica.

⁷ Si bien todas las fracciones del capital comparten la masa total de



mónica se rehusara a dicho sacrificio (ya sea debido a limitaciones objetivas o subjetivas) ocurriría una crisis de hegemonía y se acentuaría el papel de la dominación económica en el proceso de acumulación.

Por otra parte, existe un amplio margen de variación en cuanto a la fracción que, en un momento puede ser hegemónica. Podría variar en términos de su función primaria en el circuito del capital (bancario, industrial, comercial), del modo de acumulación (competitiva, monopólica, o monopolista de Estado),⁸ y de su ubica-

plusvalía creada dentro del circuito del capital productivo (industrial), su apropiación tiene lugar de diferentes maneras según la posición de cada fracción dentro del circuito: ganancias de la empresa, renta, intereses, etc.

⁸ Sobre la discusión acerca de las diferencias entre estos modos de acumulación, véase: B. Fine y L. Harris, *Re-Reading Capital*, London, Macmillan, 1979, y B. Jessop, *The Capitalist State*, *Op. Cit.*, pp. 32-62.

ción en la economía internacional (nacional, comprador, internacional, interior).⁹ Pero todas estas posibilidades de variación están condicionadas por el papel determinante que juega el capital industrial en el proceso global de acumulación. Así, aunque el capital bancario o el comercial ejerzan la hegemonía y/o la dominación económica, esto debe ser compatible en última instancia con la valorización del capital industrial. De no ocurrir esta valorización en una escala nacional o internacional apropiada, se reducirá

⁹ El concepto de burguesía "interior" fue introducido por N. Poulantzas: se refiere a una burguesía doméstica e industrial que no está subordinada directamente al capital extranjero (como sucede en el caso de la burguesía compradora) pero que no es completamente independiente (como la burguesía nacional); esta burguesía dispone, en cambio, de un amplio margen de maniobra para su desarrollo independiente dentro del marco de la industrialización dependiente... (típicamente bajo la égida del capital norteamericano). Ver N. Poulantzas, *Clases in Contemporary Capitalism*, London, NLB, 1975, pp. 69-76 y *passim*.

progresivamente la masa de plusvalía que se distribuye entre todos los capitales. A su vez, esto provocaría una crisis general en la acumulación de capital y/o un proceso sostenido de decadencia que sólo podría resolverse dentro del marco del capitalismo, mediante el desarrollo de una estrategia de acumulación nueva y relevante.

El caso británico ilustraría este último punto. La hegemonía de la City (zona de los grandes bancos en la ciudad de Londres. N. del T.) fue compatible con el crecimiento industrial en el siglo XIX, mientras los préstamos internacionales se utilizaron para financiar la venta de los bienes producidos en el país, conocido entonces como "el taller de manufactura más importante del mundo", pero el desarrollo del capital industrial alemán y norteamericano sacudió esta comunidad de intereses y desde entonces, las medidas para asegurar los intereses "económico-corporativos" del capital bancario han contribuido a la desindustrialización sostenida de la economía británica.¹⁰

En términos generales, podemos decir que una estrategia de acumulación que no sea meramente "arbitraria, racionalista y voluntarista",¹¹ deberá tomar en consideración la forma dominante del circuito del capital (liberal, monopólica o monopolista de Estado las formas dominantes de la internacionalización del capital (comercial, bancario, industrial) la coyuntura internacional específica que confrontan los capitales nacionales particulares; el balance de fuerzas económicas locales y extranjeras; y el margen de maniobra implicado en el potencial productivo de la economía doméstica y sus subsidiarias en el extranjero. Dentro de estas limitantes, se pueden poner en práctica varias estrategias económicas (en especial si hacemos abstracción de consideraciones políticas y económicas más generales) con implicaciones de diverso tipo hacia cada una de las fracciones y clases dominadas.

Esta especie de espacio para los conflictos debidos a la dominación y/o a la hegemonía económica, existe no solo en el caso de las economías nacionales (aún suponiendo que pudieran ser aisladas totalmente de la economía mundial) sino también en el de la integración del circuito global del capital bajo el liderazgo de

uno o más capitales nacionales. Ahí donde varias estrategias nacionales sean compatibles con la estrategia económica global, se habrán dado las condiciones para la acumulación a escala mundial.¹²

En este contexto valdría la pena mencionar que la hegemonía económica es más firme cuando está respaldada por una posición de dominación económica. De la misma manera en que Gramsci consideró que el poder del estado podría interpretarse mejor como "la hegemonía armada con la coerción", podemos mirar mejor a la reproducción ampliada del capital como 'la hegemonía económica armada con la dominación económica'. La utilización hábil de una posición de dominación hegemónica mediante la asignación de capital monetario, puede meter en cintura a los capitales reacios y/o estimular aquellas medidas que benefician la integración total y la expansión del circuito del capital. Con la transición del capitalismo liberal a las formas del monopolio simple y del capitalismo monopolista de Estado, el estado juega un papel cada vez más importante en este sentido a través de la expansión del sector público, del creciente papel de los impuestos como un mecanismo de apropiación y del papel crucial del crédito del estado en la asignación de capitales. En términos más generales, debemos señalar la importancia de la coerción extraeconómica que se produce a través del ejercicio del poder estatal en la consolidación de las precondiciones necesarias para que una estrategia de acumulación pueda llevarse a cabo con éxito.

Finalmente, debemos enfatizar que una estrategia de acumulación no sólo debe tomar en consideración las complejas relaciones entre las diferentes fracciones del capital y otras clases económicamente dominantes, sino también considerar el balance de fuerzas entre las clases dominantes y las subordinadas. Una estrategia sólo puede ser verdaderamente hegemónica si es aceptada tanto por las clases subordinadas económicamente como por las clases y fracciones no hegemónicas dentro del bloque en el poder. Sin embargo, en la medida en que concesiones "económico-corporativas" combinadas con marginalización y represión puedan asegurar el consentimiento de las clases subordinadas, el factor crucial para el éxito de las estrategias de acumulación seguirá siendo la integración del circuito del capital y, en consecuencia, la consolidación del apoyo por parte de las clases y fracciones dominantes. En tanto que estos temas son también relevantes para la

¹⁰ Véase: S. Pollard, *The Wasting of the British Economy*, London Cross Helm, 1982.

¹¹ Gramsci sostuvo que hay un mar de diferencias entre las ideologías históricamente orgánicas y las ideologías "arbitrarias, racionalistas y voluntaristas" (*willed*), argumento que podría aplicarse a las estrategias de acumulación. A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, London, Laurence & Wishart, 1971, pp. 376-7.

¹² Para un análisis útil sobre la complementariedad entre estrategias nacionales de acumulación, véase: M. Aglietta, "World Capitalism in the Eighties", en *New Left Review*, núm. 136, nov.-dic., 1982, pp. 5-42.

elaboración de "proyectos hegemónicos" volveremos sobre ellos más adelante.

Algunas implicaciones del concepto "estrategia de acumulación"

Estos comentarios generales pueden ser ilustrados de varias maneras. En el nivel del Modo de Producción Capitalista puro (MPC) es conocido, por ejemplo, el papel del "fordismo" como estrategia de acumulación durante la etapa del monopolio o del monopolio de Estado (aunque su aplicación en diferentes formaciones metropolitanas y en la periferia ciertamente presenta una gran variedad). Quizás los mejores ejemplos de estrategias de acumulación en el nivel nacional sean los modelos de crecimiento llamados de "sustitución de importaciones" y de "promoción de exportaciones" desarrollados en América Latina, y seguidos más recientemente por el llamado modelo de "sustitución de

exportaciones".¹³ Otros ejemplos nacionales son la noción fascista de *Grossrauswirtschaft* (Cfr. la Esfera de prosperidad Asiática en Japón) la estrategia del *Sozialmarktwirtschaft* seguida por Alemania Occidental en la posguerra; el desarrollo más reciente en este país de la estrategia del *Modell Deutschland*; el intento del capital bancario inglés por subordinar al capital industrial a una estrategia de largo plazo que busca restaurar la dominación económica internacional de la City después de 1945; la estrategia japonesa de "un país fuerte y un ejército fuerte" desde la restauración Meiji hasta su derrota militar en 1945, así como la del crecimiento pacífico en la posguerra, basada en las exportaciones, bajo la égida de trusts financieros respaldados por el Estado. En el nivel internacional debemos mencionar, las abortadas propuestas de una "pax tri-

¹³ Sobre la "sustitución de exportaciones" véase: A. Lipietz, "Toward Global Fordism", en *New Left Review*, núm 132, marzo-abril 1982, pp. 33-47.



lateralis" o el nuevo Keynesianismo orientado a los problemas norte-sur. Estas estrategias y otras ameritan una discusión más extensa pero, por el momento, me detendré solamente en extraer algunas de las implicaciones teóricas del concepto de *estrategia de acumulación*.

En primer término, si no hay ninguna unidad sustantiva necesaria al circuito del capital, ni patrón alguno preestablecido de acumulación capitalista, ¿cómo podemos definir los intereses del capital? En el nivel de abstracción más general, podríamos decir que los intereses del capital consisten en la reproducción de la forma del valor junto con las distintas condiciones para su existencia como la ley, el dinero y el estado. Esto está implícito en la definición del capitalismo y podría parecerse tautológico. Pero aún en este nivel de abstracción se nos presentan varias ambigüedades y dilemas. No queda claro, por ejemplo, de qué manera podrían converger los intereses de los capitales particulares dentro de su propia reproducción ampliada, con los requerimientos de la reproducción del capital en general, y a este respecto, parecería haber un amplio margen para el conflicto entre lo que pudiéramos llamar "la voluntad de todos" y la "voluntad general". Al mismo tiempo, existe un dilema estratégico permanente que confrontan tanto el capital en general como los capitales particulares, en la medida en que la forma-valor depende de las formas "no-valor" de las relaciones sociales y en que simultáneamente la expansión de las relaciones *no mercantiles* amenaza a la forma-valor. Este dilema se presenta no sólo en relación al aseguramiento de condiciones materiales de producción, tales como la infraestructura económica, sino en el de la misma fuerza de trabajo y su reproducción fuera de la forma-salario. En este sentido, los intereses del capital, aún en el nivel de abstracción más general, consisten en la reproducción del nexo contradictorio y ambivalente de formas de *valor* y de *no-valor* cuyos efectos recíprocos puedan sostener la acumulación de capital. El balance entre estas formas puede ser golpeado de diferentes maneras y es típicamente inestable y provisional.

En este sentido, la relación del capital abarca en realidad un terreno de límites amplios sobre el cual compiten diferentes capitales particulares para establecer un determinado curso de acumulación que articule exitosamente sus intereses particulares con aquellos del capital en general. En síntesis, los intereses colectivos del capital no son algo preestablecido sino que deben ser articulados dentro y a través de estrategias de acumulación específicas que establecen una comunidad *contingente* de intereses entre capitales particulares. En consecuencia los intereses de los capitales particulares

y los del capital en general variarán de acuerdo con la estrategia de acumulación específica que se persiga. Al señalar todas las implicaciones de este enfoque coyuntural y relacional para los intereses económicos rompemos radicalmente con los dilemas teóricos a que estamos acostumbrados que nos obligan a elegir entre enfoques basados, ya sea en la "lógica del capital" o en una "teoría de clase".

Un segundo problema que persiste en los análisis marxistas del capitalismo se refiere a la cuestión de las etapas o de la periodización y a sus implicaciones para la operación de las leyes básicas del movimiento. Es hoy ampliamente reconocido que los intentos por periodizar el capitalismo no implican que se dé una sucesión de etapas necesarias y unilaterales, que las etapas sean irreversibles, o que todas las economías nacionales estén en la misma etapa de desarrollo capitalista. Sin embargo, no está establecido con claridad que sea posible periodizar el capitalismo en diferentes *etapas* que supongan rupturas definitivas o si el cambio se realiza a través de una acumulación gradual de tendencias o efectos específicos. Este problema no ocurre solamente en el nivel del MPC puro, aislado de la existencia de diferentes capitales nacionales, sino, también, en el nivel del circuito del capital en su dimensión internacional y/o con referencia a su articulación con otros modos de producción y formas de trabajo social y privado.¹⁴

Podríamos apuntar, al menos, cuatro soluciones posibles al problema de las etapas o tendencias. En primer lugar, se podría negar la validez teórica de los intentos de periodización y simplemente hablar de diferentes formas de articulación del circuito del capital y de una sucesión más histórica que necesaria. Alternativamente, se podría sostener que cualquier periodización general es necesariamente indeterminada (o subdeterminada) y debe limitarse a identificar los posibles cambios en la relación del capital, sus condiciones de existencia y sus consecuencias para la acumulación. Por el contrario, los factores que ejercen una influencia sobre el momento, el éxito y la sustancia de cualquier transición (incluida la brusquedad o el gradualismo del corte) deben ser determinados en niveles de análisis más complejos y concretos.

En tercer lugar, si quisiéramos introducir algunos principios de explicación en la cuestión del "momento" (timing), podría ser posible vincular estos cambios potenciales a una teoría de las crisis o a una teoría "de

¹⁴ Una periodización especialmente útil del MPC puro y la internacionalización del capital se encuentra en Fine & Harris, *Re-Reading Capital*, *Op. Cit.*



onda larga" del desarrollo capitalista. Esta teoría de la crisis o teoría de onda larga identificaría los obstáculos específicos que se oponen a la acumulación continuada y apuntaría las áreas donde fuera necesario que el circuito del capital y/o sus precondiciones se reorganizaran para restaurar su reproducción ampliada.¹⁵ Por último, se podría dar más peso a la reestructuración del aparato de estado en la periodización de la acumulación del capital. Porque, independientemente de que se subraye la acentuación de tendencias específicas o bien que enfatizamos a las discontinuidades relacionadas con las crisis periódicas de onda larga, es preciso tomar en cuenta los cambios que se han requerido en la forma y el contenido de la intervención del estado para consolidar los aspectos dominantes de las etapas sucesivas. Las discontinuidades políticas asociadas con estas reestructuraciones podrían entonces, servir de base

¹⁵ Una variante tecnológica de este enfoque se encuentra en E. Mandel, *Late Capitalism*, London, NLB, 1975; véase también Itoh, *Value and Crisis*, Op. Cit.

no sólo a una periodización del estado capitalista sino a una periodización de las economías capitalistas.

En las tres últimas soluciones mencionadas destaca el papel crucial que juega el cambio en las estrategias de acumulación. Ya sea que nos ocupemos de los problemas generales del "momento" (*timing*), la sustancia y el éxito de las transiciones; de la reorganización del circuito del capital como respuesta a las crisis de onda larga; o de la reestructuración del aparato de estado, sería difícil elaborar explicaciones satisfactorias si no hiciéramos referencia en todos los casos, a los cambios en la estrategia de acumulación. Justamente, el análisis de dichos cambios es particularmente útil en la periodización porque nos permite evitar tanto el rígido determinismo de la "lógica del capital" como la negación simple de alteraciones significativas en la naturaleza de las relaciones capitalistas.

Sin embargo, este tratamiento del problema de la periodización llama la atención sobre algunas cuestiones

relativas a los niveles de abstracción. Sobre todo ¿cómo deberíamos identificar un cambio en la estrategia de acumulación dominante? Martin, por ejemplo, sostuvo recientemente, que la dinámica específica de las políticas keynesianas de empleo pleno, requiere de cambios específicos para contrarrestar las tendencias estagflacionarias de las políticas previas. Así, por ejemplo, en el caso de Suecia y de otros países que persiguieron el empleo pleno, hay un desplazamiento de las políticas que descansaban simplemente en la administración de la demanda al nivel macro, hacia aquellas basadas en el ingreso y la fuerza de trabajo, y, después, hacia la socialización de los fondos de inversión.¹⁶ ¿Acaso el paso de una etapa keynesiana a otra supone un cambio en la naturaleza del capitalismo? Nuestra respuesta dependerá de los niveles de abstracción y complejidad con que se defina el capitalismo. Así, encontramos en un nivel, que el keynesianismo es una estrategia general de acumulación presente en varias economías capitalistas y que señala una onda larga de acumulación que comenzaría en los años treinta y llegaría hasta los setentas. Podríamos hacer el concepto más específico si tomáramos en consideración las variantes nacionales que reflejan el balance particular de fuerzas de cada economía (p. ej., "keynesianismo militar" en los Estados Unidos, por oposición al 'Butskellismo' en Gran Bretaña o al keynesianismo socialdemócrata en Suecia). También se puede hacer referencia a etapas que permitan la periodización dentro del keynesianismo. Pero, en cualquier caso, encontramos una ruptura clara entre el periodo pre keynesiano y el keynesiano que nos permite hablar de etapas definidas y no simplemente de la acentuación de ciertas tendencias o rasgos.

A este tema se vincula el problema más general de la polivalencia de las tácticas dentro de una estrategia de acumulación dada, y de la pluralidad de estrategias que se pueden perseguir en una coyuntura determinada. Sería equivocado sostener que sólo se persigue una estrategia de acumulación a la vez y, más aún, sugerir que sólo se emplea una táctica. En vez de ello, debemos reconocer que existen varias estrategias posibles que son respaldadas en diferente grado por las fracciones del capital. Esto refleja las diferentes posiciones dentro del circuito del capital y/o enfoques diferentes de cálculo económico. Aún ahí donde existe una estrategia de acumulación dominante podemos esperar que se den estrategias suplementarias o contrapuestas. En este contexto cobra importancia la capacidad de refor-

zar la hegemonía económica a través de los poderes inherentes estructuralmente a la dominación económica.

Igualmente, es importante reconocer que habrá varias tácticas que puedan seguirse para alcanzar una estrategia determinada: la disponibilidad de las tácticas alternativas (aunque no todas ellas sean apoyadas igualmente) resulta esencial para la instrumentación flexible de estrategias de acumulación. En la medida en que los requerimientos de la reproducción ampliada son ambivalentes y contradictorios y en que las actividades económicas se vuelven socialmente válidas de manera anárquica y con posterioridad al hecho, resulta imperativo disponer de un conjunto variado de tácticas de acumulación que puedan utilizarse en ensayos de prueba y error. Más aún, ya que distintas tácticas tendrán diferentes repercusiones sobre la posición de las fracciones del capital y de las clases dominadas, el abanico de tácticas se vuelve un instrumento fundamental para manejar el equilibrio de fuerzas y asegurar el inestable y provisional compromiso del cual depende la acumulación.

En consecuencia, esta polivalencia de las tácticas crea un margen de maniobra dentro del cual las fracciones no hegemónicas y las clases dominadas buscarán satisfacer sus demandas "económico-corporativas".¹⁷ Esto aparentemente podría amenazar la buena instrumentación de la estrategia de acumulación dominante. Sin embargo, si estos intereses se persiguen dentro del propio marco de esa estrategia lo más probable es que se moderen las demandas que de otro modo, podrían haber puesto en peligro la estrategia global y de esta manera, se contribuya al equilibrio del compromiso.

Finalmente convendría preguntarnos si el significado que hemos atribuido a las estrategias de acumulación en la dinámica de las economías capitalistas supone un enfoque voluntarista o idealista. Hemos puesto énfasis en que la acumulación de capital implica una relación de fuerzas determinada por la forma y hemos relacionado tales estrategias a la forma del valor. En oposición tanto al superdeterminismo estructural como a los puntos de vista idealistas, insistimos en entender la acumulación capitalista como el resultado contingente de una dialéctica de estructuras y estrategias. Las estructuras están dadas por los diferentes momentos de la forma-valor y por las propiedades emergentes de

¹⁶ Cfr. A. Martin, "The Dynamics of Change in a Keynesian Political Economy: The Swedish Case and its implications", en C. Crouch, (ed.): *State and Economy in Contemporary Capitalism*, London, Croom Helm, 1979, pp. 88-121.

¹⁷ Este análisis sobre la estrategia y las tácticas parte de la obra de N. Poulantzas. Véase en particular: *Crisis of the Dictatorships*. London, NLB, 1976, pp. 34-39. En la obra de M. Foucault, especialmente en *The History of Sexuality*, vol. I, (Harmondsworth, Penguin, 1981), hay argumentos semejantes.

la interacción social (como en el caso de los conocidos efectos de las "fuerzas del mercado"), mientras que el desarrollo y la instrumentación de las estrategias de acumulación reproduce y transforma estas estructuras dentro de ciertos límites estructurales.

Nos encontramos ante el funcionamiento de una dialéctica compleja: la efectividad de las estrategias depende de su adaptación al margen de maniobra inherente a las estructuras prevalecientes y a sus repercusiones sobre el balance de fuerzas; pero es mediante la explotación de este margen de maniobras que pueden modificarse tanto el balance de fuerzas como las estructuras mismas en el mediano y en el largo plazo. Es por esta razón que contemplamos el enfoque coyuntural y relacional del análisis del capital como una condensación, determinada por la forma, del balance de fuerzas de clase.¹⁸ Al respecto, es importante considerar no sólo la fuerza-valor y las fuerzas directamente económicas, sino también estructuras, fuerzas y estrategias políticas e ideológicas. A partir de ello, nos ocuparemos ahora del problema de la forma del estado y de las prácticas políticas.

Sobre la forma del Estado

El poder del estado es también una relación social determinada por la forma. Esto significa que un análisis adecuado del estado capitalista debe tomar en consideración no sólo sus formas institucionales definitivas, sino también aquellos factores que, situados más allá de la forma del estado propiamente dicha, determinan el balance de fuerzas políticas.

El aspecto general más importante de la forma del estado capitalista es su *particularización*, es decir, su separación institucional del circuito del capital. Esto lo facilita la forma-valor, en la medida en que excluye la coerción extraeconómica del circuito del capital y está subordinada a la lógica de las fuerzas del mercado como la expresión material de la ley del valor. La forma-valor también necesita de esa particularización del estado, en tanto que existen ciertas precondiciones extraeconómicas cruciales en el circuito del capital que deben asegurarse mediante un órgano imparcial situado por fuera y por encima del mercado.

Al mismo tiempo, esta forma de estado particularizada problematiza la funcionalidad del estado capitalista respecto del capital. En efecto, a pesar de las frecuentes y estridentes proclamaciones de ciertos teóricos

marxistas en el sentido de que el estado es simplemente el capitalista colectivo ideal, parece claro que su separación institucional permite una dislocación entre las actividades estatales y las necesidades del capital. La correspondencia entre el estado y la región económica es posible, sin embargo, aunque ello debe suceder en el curso de una lucha cuyo resultado siempre será contingente (a pesar de que algunos teóricos como Hindess y Kerst parecen opinar lo contrario). Esto deriva del hecho de que tanto la forma-valor en el modo de producción capitalista, como su forma de estado particularizada, son indeterminadas en ciertos sentidos y que cualquier correspondencia o dislocación entre ellos o su contenido sustantivo dependerá de muchos factores que rebasan los mecanismos puramente formales. Trataremos de precisar este problema para estudiarlo más a fondo.

Es cierto que el aspecto general más importante del estado capitalista es su particularización; sin embargo, para llegar a una explicación adecuada del estado debemos tomar en cuenta por lo menos tres aspectos formales: las formas de representación, las formas de intervención, y la forma de articulación del estado considerado como un conjunto institucional. Estos tres aspectos son fundamentales para entender la mediación del gobierno del capital. Las formas de representación política conforman las maneras en que se articulan los intereses del capital dentro de una estrategia de acumulación determinada y en que, mediante la "selectividad estructural" inscrita en dichas formas, pueden privilegiarse unas estrategias a expensas de otras. Las distintas formas de intervención tienen a su vez implicaciones diferentes para cada estrategia de acumulación que se siga. Finalmente, la distribución jerárquica y horizontal de los poderes dentro del aparato del estado y el dominio relativo de ciertas de sus ramas repercutirá significativamente en el ejercicio del poder del estado en lo que se refiere a la acumulación. Estas áreas de determinación *formal* son campos todavía abiertos a la investigación y las teorías marxistas podrían aprender mucho de análisis políticos más ortodoxos.

Además de estos aspectos formales del sistema estatal, es importante examinar sus aspectos sustantivos. Existen otras dos determinaciones generales tan importantes como las políticas específicas instrumentadas por el aparato de estado: las bases sociales de apoyo y resistencia del estado, y la naturaleza del "proyecto hegemónico" (si lo hay) alrededor del cual gira su poder.

Nos referimos por bases sociales del estado a la configuración específica de fuerzas sociales —independientemente de como se identifiquen como sujetos y se organicen y desorganicen como actores políticos— que

¹⁸ Sobre la distinción entre fuerzas de clase y fuerzas relevantes de clase, véase B. Jessop, *The Capitalist State*, op cit., pp. 242-244



sostiene la estructura básica del sistema estatal, su funcionamiento y sus objetivos. Esto no significa que no pueda presentarse una situación conflictiva alrededor de ciertas políticas específicas mientras ello ocurra dentro del marco institucional previamente convenido y de un "paradigma político" que establezca los parámetros de las opciones públicas. No podemos reducir el respaldo político de esta naturaleza simplemente a cuestiones de "consenso", pues el mismo depende de los modos específicos de integración de masas que canalizan, transforman y dan prioridad a las demandas a la vez que administran el flujo de concesiones materiales necesarias para mantener el "equilibrio inestable de compromisos" que sostiene a dicho respaldo.¹⁹ Las

bases sociales del estado son heterogéneas y el respaldo que le otorgan las distintas fuerzas sociales es variable. De igual manera, la mezcla de concesiones materiales, recompensas simbólicas y represión que el estado dirige hacia las diferentes fuerzas sociales tendrá un considerable margen de variación que el estado dirige hacia las diferentes fuerzas sociales tendrá un considerable margen de variación en cada caso. Todas estas variaciones están generalmente relacionadas con el proyecto hegemónico prevaleciente y con sus implicaciones hacia la forma y el contenido de la política.

En términos generales la hegemonía implica la "interpelación" y organización de diferentes fuerzas, pertenecientes a clases sociales "relevantes" (aunque no tengan necesariamente una conciencia de clase) bajo el liderazgo político, intelectual y moral de una clase particular o de una fracción de clase, o, para ser más precisos, de sus voceros políticos, morales e intelectuales.

¹⁹ El concepto "modo de integración de masas" (*mode of mass integration*) fue introducido por Joachim Hirsh: "La crisis de la integración de masas: el desarrollo de la represión política en Alemania Federal", en *International Journal of Urban and Regional Research*, 2 (ii), 1978.

tuales. La llave para el ejercicio de semejante liderazgo es el desarrollo de un "proyecto hegemónico" que pueda resolver el problema abstracto de los conflictos entre los intereses particulares y el interés general. En términos abstractos este problema se antoja irresoluble en virtud del número, potencialmente infinito, de intereses particulares que se podrían oponer a cualquier definición del interés general. Pero, precisamente, la tarea del liderazgo político consiste en resolver este conflicto en un plano menos abstracto mediante prácticas específicas políticas, morales e intelectuales. Esto supone una movilización de apoyos en torno a un programa concreto de acción nacional-popular. Dicho programa deberá despertar el interés general por la obtención de metas que explícita o implícitamente privilegien los intereses a largo plazo de la clase o fracción hegemónica, al mismo tiempo que privilegien a los intereses económico-corporativos particulares compatibles con el proyecto. Por el contrario, se considerarán como inmorales o irracionales aquellos intereses particulares inconsistentes con el proyecto y serán castigados cuando sean grupos localizados fuera del consenso quienes los detenten.

En condiciones normales, la hegemonía implica el sacrificio de algunos intereses a corto plazo de la clase o fracción hegemónica y supone cierto flujo de concesiones materiales para otras fuerzas sociales que se hayan movilizado en respaldo del proyecto. Está, en consecuencia, limitada y condicionada por el proceso de acumulación.

Los proyectos hegemónicos no son idénticos a las estrategias de acumulación a pesar de que en ciertos aspectos se asemejan y/o se condicionan mutuamente. Mientras las estrategias de acumulación tienen que ver con la expansión de la economía en las escalas nacional e internacional, los proyectos hegemónicos pueden ocuparse principalmente de objetivos no económicos (aunque estén condicionados económicamente o sean relevantes económicamente) como el éxito militar, reformas sociales, estabilidad política o regeneración moral. Más aún, mientras las estrategias de acumulación se orientan primordialmente hacia las relaciones de producción y al balance de fuerza entre las clases, los proyectos hegemónicos están típicamente orientados hacia temas de mayor amplitud enraizados no sólo en las relaciones económicas sino también en el terreno de la sociedad civil y del estado. En consecuencia los proyectos hegemónicos deben tomar en consideración el balance de todas las fuerzas sociales relevantes, independientemente de como se les interpole y se les organice. En este sentido afirmamos que los proyectos hegemónicos se preocupan de lo 'nacional-popular' y no únicamente de las relaciones de clase.

Finalmente, es posible que en coyunturas específicas surjan inconsistencias y disociaciones entre estrategias de acumulación y proyectos hegemónicos en virtud de los diferentes objetivos y contenidos de éstos y de la diferenciación entre la forma-valor y la forma-estado. En general parecería obvio que la acumulación y la hegemonía estarían mejor aseguradas ahí donde hubiera una articulación estrecha entre estrategias particulares y proyectos. Pero esto no es lo mismo que decir que el objetivo fundamental de un proyecto hegemónico es necesariamente la acumulación.

Desde luego, hay otros casos posibles que valdría la pena explorar, por ejemplo, cuando, en ausencia de una hegemonía, se lleva a cabo con éxito una estrategia de acumulación; cuando la búsqueda de un proyecto hegemónico "arbitrario, racionalista y voluntarista" mina las condiciones para la acumulación; y cuando las demandas de la acumulación continuada asociadas con una estrategia particular rebasan los requerimientos del proyecto hegemónico prevaleciente.

El éxito de un proyecto hegemónico depende de tres factores fundamentales: su determinación estructural, su orientación estratégica y su relación con la acumulación. *La determinación estructural de la hegemonía* abarca los privilegios estructurales inscritos en una forma de estado determinada (incluyendo sus formas de representación, de intervención y de articulación interna) en beneficio de algunas fuerzas y de sus intereses a costa de otras fuerzas y sus intereses. Este aspecto es llamado en ocasiones la "selectividad estructural" del estado. En él están en juego la forma de las luchas políticas y las implicaciones de la forma para las relaciones estratégicas entre diferentes fuerzas políticas. Dentro de estos límites objetivos, empero, hay lugar para variaciones de corto plazo en la hegemonía, en el nivel de las prácticas políticas: períodos de hegemonía inestable; disociación entre la hegemonía sobre el bloque del poder y la hegemonía sobre las masas de población; crisis de hegemonía; y, aún, desplazamientos hegemónicos de corta duración en favor de clases subordinadas como la pequeña burguesía o la clase trabajadora, o de categorías sociales como la burocracia, los militares o los intelectuales. Pero la selectividad estructural de la forma-estado significa que estas variaciones son esencialmente de corto plazo y que la hegemonía retornará, en el largo plazo a la clase o fracción de clase estructuralmente privilegiada siempre que su orientación estratégica y su relación hacia la acumulación resulten adecuadas. Esto es crucial, pues, aunque una posición hegemónica estable dependa de la determinación formal del estado, no es reductible a una determinación estructural.

Además de la determinación estructural debemos po-

ner atención al desarrollo de aquel proyecto hegemónico que vincule con éxito la obtención de determinados intereses particulares de las fuerzas sociales subordinadas con el programa "nacional popular" que favorece los intereses a largo plazo de la fuerza hegemónica. La conquista de la hegemonía abarca tres áreas de liderazgo político, intelectual y moral. En primer término supone acercarse a distintas fuerzas estratégicamente significativas y repudiar las interpelaciones o atribuciones de intereses alternativos. En segundo lugar, implica la formulación de un proyecto nacional-popular de carácter general que tome en consideración los intereses 'económico-corporativos' particulares de las fuerzas sociales subordinadas. Finalmente, supone la formulación de un "paradigma político" dentro del cual se pueden negociar los conflictos entre intereses y demandas en competencia sin amenazar el proyecto global.

Es muy posible que algunas clases subordinadas o categorías sociales enraizadas en relaciones sociales distintas a las de clase desarrollen proyectos hegemónicos alternativos, pero éstos siempre serán vulnerables porque los intentos por instrumentarlos deberán enfrentarse a obstáculos asentados en las formas económicas y políticas existentes. Por ello, la conquista de la ideología hegemónica debe coincidir a largo plazo, con la reorganización de una nueva forma de estado que ofrezca privilegios estructurales a la fuerza hegemónica en cuestión. En términos más generales, no es necesario interpelar a las fuerzas sociales que hayan sido movilizadas en apoyo de un determinado proyecto hegemónico como si fueran fuerzas de clase (a pesar de que puedan tener una pertenencia de clase incuestionable y/o una "relevancia de clase" evidente).²⁰ Ciertamente es normal asociar a la hegemonía con el repudio a un discurso de clase antagónico y con la insistencia en la primacía de bases individuales y/o pluralistas de organización social. En este sentido podemos sugerir que el "pluralismo" es la matriz dentro de la cual ocurren los enfrentamientos por la hegemonía.

En tercer lugar, no existe ninguna razón poderosa para pensar que los proyectos hegemónicos deban tener un carácter económico directo o que deban dar prioridad a objetivos económicos. Pero es importante reconocer que el éxito de un proyecto hegemónico dependerá de la cantidad de concesiones materiales que se otorguen a las fuerzas sociales subordinadas y, en consecuencia,

de la productividad de la economía. Por eso, los proyectos hegemónicos destinados a tener mayor éxito serán aquellos que, en condiciones de igualdad respecto a los demás aspectos, se vinculen estrechamente a una estrategia de acumulación adecuada, o, en el caso de proyectos hegemónicos socialistas, a una estrategia económica alternativa adecuada.

Finalmente, no hay que olvidar que los proyectos hegemónicos juegan un papel crucial en el mantenimiento de la unidad sustantiva del aparato de estado en tanto que armazón institucional compleja. Aún donde existe una distribución de funciones y poderes bien definida dentro del sistema estatal, organizada de una manera formal, racional y legal, es necesario traducir esta unidad formal en una unidad sustantiva. El consenso alrededor de un proyecto hegemónico puede limitar los conflictos que se pueden presentar dentro de las diferentes ramas del aparato de estado o entre ellas y proveer una base ideológica y material para su cohesión y unidad relativas al reproducir el sistema de dominación política. La necesidad fundamental de articular determinados 'intereses particulares' a un "interés general" favorable al capital, al mismo tiempo que se desalientan otros "intereses particulares", ocurre tanto dentro del aparato de estado como en el ámbito de la economía y de la sociedad civil. Así, no sólo afecta la representación de los intereses económicos y sociales dentro del estado sino también los intereses *sui generis* de categorías políticas tales como los burocratas, la policía.

La expansión del aparato del estado y la prolongación de sus actividades fuera de los límites de la acumulación hacia numerosas cuestiones de apoyo y dirección hacen más apremiante el problema de evitar una simple reproducción particularista de intereses "económico-corporativos" contradictorios y en competencia recíproca para asegurar una mínima coordinación y cohesión del propio aparato del estado. En ausencia de una pizca de unidad formal y sustantiva, el estado carece de la autonomía relativa que necesita para funcionar como el 'capitalista colectivo ideal' en relación con la acumulación y para asegurar la cohesión social en torno a la promoción de metas-populares. En este sentido, podemos afirmar que la autonomía relativa del estado está vinculada a su unidad sustantiva (concepto preferible al de unidad de clase) y que ambos dependen del ejercicio del poder estatal de acuerdo con un proyecto hegemónico específico.

Algunas implicaciones del concepto de "proyecto hegemónico"

²⁰ La *interpelación* (*interpellation*) es un mecanismo ideológico a través del cual se otorgan a los sujetos intereses, posiciones sociales e identidades específicas. Este concepto lo introdujo Althusser en el análisis ideológico. Cfr. "La ideología y los aparatos ideológicos de estado", en *Lenin and Philosophy and other Essays*. Londres, NLB, 1971.

Hasta aquí he dicho que la hegemonía es típica, o normal, en las sociedades capitalistas; que los proyectos hegemónicos aseguran, de alguna manera, el apoyo de todas las fuerzas sociales significativas; y que la fuerza hegemónica es detentada, en el largo plazo, por una clase o fracción de clase económicamente dominante y no por una clase subordinada o una fuerza no clasista. Pero cada una de estas suposiciones podría resultar falsa o desorientadora. En consecuencia, en esta sección estudiaremos con mayor detenimiento estos argumentos para establecer algunos de los problemas teóricos fundamentales del análisis de la hegemonía en términos de proyectos hegemónicos. Comencemos por la afirmación de que dichos proyectos obtienen el apoyo de todas las fuerzas sociales significativas.

Quizás es erróneo suponer que la hegemonía obtiene un respaldo casi universal. En efecto, la categoría residual de estados caracterizados por una crisis de hegemonía es tan grande que esto implicaría que la hegemonía está lejos de ser típica en las sociedades capitalistas. Pero podemos clarificar el problema si pensamos en términos de proyectos hegemónicos de "una nación", y de "dos naciones": las estrategias de "una nación" persiguen una hegemonía en expansión en la cual la población entera es movilizada en apoyo de un proyecto mediante concesiones materiales y recompensas simbólicas (como en los proyectos "social-imperialistas" y de "estado de bienestar Keynesiano"). Por contraste, los proyectos del tipo "dos naciones" buscan una hegemonía más limitada que busca el respaldo de sectores de la población estratégicamente significativos y hace recaer los costos del proyecto en otros sectores (como sucede en el fascismo o en el thatcherismo). Los períodos de crisis económica o aquellos en los que el otorgamiento de concesiones materiales está limitado, restringen las posibilidades de estrategias de "una nación" (a menos que supongan compartir el sacrificio equitativamente) y es más probable que en ellos se busquen estrategias de "dos naciones". Más aún, donde el balance de fuerzas lo permita, estas últimas estrategias pueden instrumentarse durante períodos de expansión y constituir una precondición de la acumulación exitosa. En ambos casos, los proyectos de "dos naciones" requieren de la contención y represión, si fuera necesario, de la "otra nación", al mismo tiempo que suponen el acceso a concesiones selectivas para la "nación" más favorecida. Recientes trabajos sobre el "Modell Deutschland", como los de Joachim Hirsch, nos ofrecen ejemplos interesantes de estas estrategias de "dos naciones".

Una vez que distinguimos entre proyectos hegemónicos de una y dos naciones, parecería menos legítimo

cuestionar la normalidad de la hegemonía en las sociedades capitalistas. Sin embargo, nos encontramos aún con varios problemas. En primer término, que esta distinción es en ciertos aspectos "pre-teórica": es decir, que su carácter es básicamente descriptivo y aparente y que es necesaria aún una definición más rigurosa de sus diferentes dimensiones y precondiciones. Esta tarea definitoria deberá enfrentar serias dificultades en relación con el nivel apropiado de abstracción y simplificación teórica; algo similar a lo que ocurrió con el concepto más general de hegemonía que intentamos precisar al introducir la noción de "proyecto hegemónico". Y es que, mientras las cuestiones relativas a la forma pueden discutirse sin referencia a casos históricos específicos (por ejemplo, en la discusión sobre la forma-mercancía, forma-dinero o forma-salario), es difícil hablar de hegemonía, proyectos hegemónicos o estrategias de "una nación" sin hacer referencia tanto a ejemplares específicos como al contenido de los discursos particulares políticos, intelectuales y morales. Debemos buscar la solución en la combinación del análisis *formal* de las estrategias discursivas (recurriendo a la lingüística y disciplinas similares)²¹ con el tratamiento específico de las diferencias y equivalencias que surgen en la implementación de proyectos hegemónicos, así como de sus correspondientes patrones de alianzas, compromisos, treguas y represiones. En síntesis, mientras es posible señalar algunas pistas acerca de la naturaleza y la dinámica de la hegemonía en el nivel teórico general, sólo obtendremos un progreso significativo si hacemos referencia a proyectos específicos.

En este contexto, una pregunta importante surge en torno a cómo distinguir los proyectos de una o dos naciones de aquellos programas morales políticos e intelectuales de carácter no hegemónico. La obra de Gramsci es particularmente útil a este respecto porque sugiere la existencia de una línea continua que, a través de varias formas de "revolución pasiva", llevaría desde un proyecto de hegemonía expansiva (de "una nación") hasta una abierta "guerra de maniobras" en contra de las masas populares.

Un proyecto expansivo se ocupa de extender el respaldo *activo* de una mayoría sustancial de las masas populares, incluyendo a la clase trabajadora (sea o no interpelada como tal). Esto se logrará mediante una combinación de recompensas materiales y simbólicas que fluirán en la medida en que se realice con éxito un

²¹Ejemplos de este tipo de estudios los encontramos en E. Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, NLB, 1977; "Populist Rupture and Discourse", en *Screen Education*, 34, 1980; y "Togliatti and Politics", en *Politics and Power* 2, London, Routledge and Kegan Paul, 1980.

programa "nacional-popular" que busca la integración como un todo de los intereses de la nación.

Por contraste, este tipo de hegemonía expansiva está ausente en varias formas de "revolución pasiva". Esta supone que la reorganización de las relaciones sociales ("revolución") se produce al mismo tiempo que la neutralización y la canalización de las iniciativas populares en favor de la dominación continuada del liderazgo político ("pasivo").²² Para Gramsci, el elemento crucial de las "revoluciones pasivas" es que la reorganización o la reestructuración se "estatizan" de tal manera que las iniciativas populares son contenidas o destruidas mientras que se mantiene la relación gobernantes-gobernados.

Lo que le hace falta a una "revolución pasiva", sobre todo si la comparamos con una "hegemonía expansiva" de plenitud, es un programa consensual que proporcione los motivos y la oportunidad para la participación popular en la búsqueda de metas "nacional-populares" que beneficien tanto a las masas como a las fuerzas de clase dominantes. En vez de esto, la revolución pasiva impone a las masas populares los intereses de las fuerzas dominantes mediante una guerra de posiciones que permite el avance de intereses populares particulares (si hubiera algunos) mediante un mecanismo de compromisos y no por su integración orgánica a un proyecto nacional-popular.

Debemos admitir que, respecto a esta modalidad de liderazgo, los análisis de Gramsci son indicativos más que definitorios. Sin embargo, podrían ser ampliados mediante el tratamiento más cuidadoso de diferentes formas de revolución pasiva que variarían desde proyectos de "dos naciones" (que combinan las características de una hegemonía expansiva con las de una revolución pasiva pero las aplican en forma distinta a cada una de las dos "naciones"), hasta aquellos en que "la fuerza, el fraude y la corrupción", son empleados como medio de control social²³ (y que podrían considerarse como formas de transición entre la "revolución pasiva" y la "guerra de maniobras"), pasando por aquellas formas normales de revolución

pasivas que definimos más arriba. En términos generales, estas formas podrían presentarse combinadas en las sociedades reales y sería importante definir estas combinaciones en cada caso particular.

En el extremo opuesto a un "proyecto hegemónico expansivo" está la "guerra de maniobras" abierta en contra de las organizaciones populares de masas, especialmente en contra de aquellas que guardan vínculos estrechos con la clase trabajadora (donde la acumulación está en juego) y/o en contra de aquellas que expresan un amplio apoyo popular en favor de medidas democrático-populares básicas y que en consecuencia, amenazan el sistema ideológico y político de dominación (los "nuevos movimientos sociales", por ejemplo). Estas guerras abiertas sugieren que estamos ante situaciones de crisis hegemónicas, pero no implican necesariamente una crisis de las estrategias de acumulación.

Por otra parte, aunque una guerra de maniobras abierta puede durar muchos años (en las sociedades capitalistas dependientes más que en las metrópolis) a menudo son transitorias y preparan el camino para un nuevo período de hegemonía. En este sentido una guerra de maniobras podría durar un plazo corto (por lo menos en tanto que aspecto dominante en la estrategia de la clase gobernante) y coincidir con una ofensiva ideológica que tendiera a redefinir las posiciones y los intereses de las masas populares para vincularlos a un nuevo proyecto (generalmente de "dos naciones") y/o retornar a la normalidad mediante una "revolución pasiva". Numerosos ejemplos de estas transiciones de una guerra de maniobras a formas políticas más estables de dominación (aunque no sean democráticas) se encuentran en la emergencia y consolidación de formas de estado de "excepción" tales como el fascismo, las dictaduras militares o el bonapartismo.

El éxito de los proyectos hegemónicos se debe en buena medida a su capacidad para aglutinar un 'bloque histórico' que suponga una relación orgánica entre la base y la superestructura.²⁴ En este sentido crean una correspondencia contingente entre las relaciones económicas y las no económicas y consiguientemente promueven la acumulación de capital. ¿Significa esto que la fuerza hegemónica siempre e inevitablemente será una clase o fracción de clase económicamente dominante? Si la hegemonía corresponde tan sólo a aquellos que ocupan un papel dirigente en la formulación de proyectos hegemónicos, entonces la respuesta deberá ser negativa, ya que la elaboración de proyectos

²²Respecto del análisis de Gramsci de una revolución pasiva véase: C. Buci Glucksmann, "State, Transition and Passive Revolution", en C. Mouffe (ed.), *Gramsci and Marxist Theory*, London, Routledge and Kegan Paul, 1979, pp. 207-236; A. Sassoon, *Gramsci's Politics*, London, Croom Helm, 1980, pp. 204-217 y *passim*; y "Passive Revolution and the Politics of Reform", en *Idem* (ed.), *Approaches to Gramsci*, London, Writers and Readers, 1982, pp. 127-149.

²³Sobre "fuerza, fraude y corrupción", véase A. Gramsci, *Prison Notebooks*, pp. 80, 95 y *passim*.

²⁴Sobre el concepto de "bloque histórico", ver A. Gramsci, *Prison Notebooks*, pp. 137, 168, 360, 366, 377 y 418.

hegemónicos es una función típica de los intelectuales orgánicos (periodistas especializados en finanzas, políticos, filósofos, ingenieros, y sociólogos. . .) y no de los miembros de la clase o fracción de clase económicamente dominante. Cuando ocurren fluctuaciones de "corto plazo" en la hegemonía dentro del marco de determinaciones estructurales inscrito en la forma-estado, aumenta todavía más el margen de variación respecto de los protagonistas de proyectos hegemónicos específicos.

Sin embargo, si la posición hegemónica deriva del impacto neto de un determinado proyecto sobre la promoción de intereses de clase o de fracción, la respuesta debe ser afirmativa. Ciertamente, mientras que el capitalismo se reproduzca sin que se presente una transición al socialismo o un colapso hacia la barbarie, por definición deberá existir una clase económicamente dominante (aunque no necesariamente sea hegemónica). Queda entonces por determinar, si existe una fracción dominante dentro de la clase dominante; si el capital (o una de sus fracciones) ejerce la hegemonía económica, y si el capital (o alguna de sus fracciones) ejerce la hegemonía política, intelectual y moral. En vista de la posibilidad de que ocurran dislocaciones entre la dominación y la hegemonía económicas con la hegemonía en sus términos más amplios, estos problemas sólo pueden resolverse a la luz de coyunturas específicas y sobredeterminadas. Sin lugar a dudas, sólo el análisis concreto de situaciones concretas, puede llevar a respuestas satisfactorias.

Por último, tomemos en consideración las implicaciones de la hegemonía para la periodización del Estado. Al referirnos a la periodización del capitalismo resaltamos el papel del cambio en las estrategias de acumulación con las consiguientes modificaciones en la intervención del estado. Este enfoque sin embargo es limitado para servir de base a una periodización del estado porque si bien se ocupa de las formas cambiantes de la intervención estatal y de modificaciones en los ámbitos legislativo y ejecutivo, ignora los cambios que tienen lugar en las formas de representación, en las bases sociales y en los proyectos hegemónicos. No resulta demasiado difícil establecer teóricamente (en términos relativamente abstractos) de qué manera deben producirse los cambios en las formas de intervención y en los papeles de las ramas ejecutiva y legislativa del estado para que correspondan a las diferentes maneras de articulación del circuito del capital, pero es menos fácil predecir cómo cambiarán en relación con estrategias de acumulación particulares cuando el análisis se sitúa en el nivel de economías nacionales específicas.

Resulta todavía más problemático establecer si es nece-

sario que se den cambios en las formas de representación y en las bases sociales del estado para asegurar su correspondencia con cambios en los circuitos del capital. Ciertamente, los resultados de análisis recientes sobre el corporativismo no han avanzado mucho en sus intentos por explicar la forma del estado moderno a partir de las variaciones en el desarrollo y la estabilidad de las instituciones y los programas corporativos. De la misma manera, el trabajo de Poulantzas sobre el "estatismo autoritario" no llega a conclusiones precisas acerca de las formas de representación y las bases sociales asociadas con esta nueva forma de estado.²⁵

Estos problemas teóricos derivan de la subdeterminación del sistema del estado por la forma-valor. Más aún, desde el momento en que el estado se sitúa en el nivel de las sociedades realmente existentes y no en el Modo de Producción Capitalista puro o en el circuito internacional abstracto del capital, el estado es necesariamente el blanco y el sitio de numerosas luchas que se extienden más allá de los ámbitos económicos o de clase. Esta argumentación sugiere que la periodización del estado debe incluir criterios que vayan más allá de la problemática económica o clasista.

En consecuencia, cualquier periodización del estado debe funcionar en distintos niveles de abstracción y con diversos grados de unilateralidad o complejidad. De la misma manera en que para trazar la periodización del circuito del capital nos referimos a estrategias de acumulación cambiantes, para trazar la periodización del estado en tanto que capitalista colectivo ideal (por ejemplo, el estado liberal, el estado intervencionista, el estatismo autoritario) debemos referirnos a los proyectos hegemónicos cambiantes y a las crisis de hegemonía. En este sentido debemos recordar tres aspectos de la hegemonía, su determinación estructural (que nos sugiere estudiar las formas de representación y la estructura interna del estado, así como las formas de intervención), su relación con las prácticas políticas (que hace necesario estudiar las bases sociales del poder del estado) y su relación con la estrategia de acumulación prevaleciente. Con seguridad, variará el peso relativo que se conceda a cada uno de estos aspectos en una periodización dada. Por ejemplo, al referirnos a estados "normales" le daremos mayor importancia a las formas prevalecientes de representación política, mientras que, en el caso de los estados de excepción le otorgaremos más peso al poder relativo de las diferentes ramas del sistema estatal. De cualquier manera, una explicación completa deberá tomar en considera-

²⁵Véase N. Poulantzas, *State, Power, Socialism*. London, NLB, 1978, pp. 203-249.

ción ambos aspectos ya sea que se ocupe de estados democrático o no democráticos.

Conclusiones

A manera de conclusión quisiera discutir algunas implicaciones que pudieran no ser evidentes y que quizá necesiten de un tratamiento más amplio. En primer lugar, al seguir el tipo de análisis sobre la forma del valor como lo sugieren Itoh, en Japón, o Elson, en Inglaterra, he querido romper el último bastión del economicismo en el análisis marxista, al mismo tiempo que retener la contribución fundamental de *El Capital* a la crítica de la economía política. De una parte, he intentado demostrar que no hay una unidad esencial de sustancia ni en la forma del valor ni en el circuito del capital y que la existencia de cualquier tipo de unidad —aunque sea sólo en el nivel puramente económico— depende del éxito con que se lleve a cabo una estrategia de acumulación apropiada a partir del conjunto de condiciones económicas, políticas e ideológicas complejas de una coyuntura específica. De otra parte, he intentado retener la noción de Marx sobre la especificidad de la forma-valor y sus implicaciones para la dinámica de la acumulación, antes de disolver la especificidad del MPC en un enfoque “teórico-discursivo” excesivamente amplio y excesivamente incoloro, del tipo adoptado en algunos análisis recientes.

En segundo lugar, la introducción de este tipo de análisis sobre la forma-valor y la sustancia del valor, busca preparar el terreno para un enfoque paralelo de la forma del estado (*Staat als Form*) y el poder del estado. Lejos de menospreciar las contribuciones del *Stattus-ableitungdebatte*, he subrayado la importancia de su análisis acerca de cómo la forma problematiza la función, he sugerido cómo podríamos explorar esta reflexión crucial para obtener mayores beneficios. Sin embargo, al mismo tiempo que tocaba tres diferentes aspectos de la forma del estado y sugería que cada uno de ellos puede problematizar las funciones del estado, hice notar dos aspectos de la sustancia del poder del estado que necesitan ser investigados y que podrían proveernos con medios parciales y limitados para atenuar semejantes disfunciones o funciones defectuosas (*malfunctions*). En este contexto la idea de “proyecto hegemónico” resulta crucial en vista de que la propagación exitosa de un proyecto hegemónico asegura por un lado una base social adecuada para el ejercicio del poder del estado y, por el otro, imprime al aparato de estado un grado de unidad sustantiva para complementar su unidad formal.

En tercer lugar, al introducir la distinción entre “estrategia de acumulación” y “proyecto hegemónico”, he buscado ofrecer un método más satisfactorio para analizar los dilemas que resultan de las relaciones contradictorias entre la *acumulación* y la *legitimación*. El enfoque sugerido parece mejor en dos aspectos: uno, porque enfatiza que la “acumulación” no es sólo un tema económico sino que se extiende a cuestiones políticas e ideológicas y tiene dimensiones estratégicas importantes. Dos, porque sugiere que la contradicción entre “acumulación” y “legitimación” puede en ocasiones ser resuelta mediante la formulación de “proyectos hegemónicos” que afirmen con éxito un interés general en la acumulación al mismo tiempo que dejan un espacio para los intereses particulares de las fuerzas sociales subordinadas. Esta posibilidad depende a su vez, de actividades políticas e ideológicas específicas que interpelen a los sujetos, les adjudiquen intereses, y los organicen de acuerdo con la coyuntura. De esta manera, espero haber enfatizado el carácter contingente de las relaciones de poder, de los intereses y de las subjetividades así como haber puesto de manifiesto la dificultad de establecer intereses “objetivos” de una manera esencialmente abstracta.

En cuarto lugar, al tratar la hegemonía en términos de “proyectos hegemónicos” específicos, he buscado superar la tendencia, inherente a muchas interpretaciones de Gramsci, de reducir la hegemonía ya sea a un consenso estático, ya al sentido común en su definición más amplia. En vez de ello, he enfatizado el momento dinámico del liderazgo en la obtención de metas específicas en coyunturas específicas. Este enfoque puede ser de mayor utilidad para capturar la naturaleza de las crisis de hegemonía y permitirnos distinguirlas con mayor claridad de las crisis de ideología. Una crisis de hegemonía es la crisis de un proyecto hegemónico específico y podría resolverse mediante la *re-especificación* de metas y tácticas particulares dentro de una misma matriz ideológica básica. Una crisis ideológica es más general en su forma y requiere de una rearticulación más radical de las moralidades prácticas, el sentido común y los valores últimos.

Finalmente, al ubicar el concepto de “proyectos hegemónicos” en el nivel de la formación social y vincularlo a lo “nacional-popular” he buscado apuntar la importancia de fuerzas no clasistas para asegurar la hegemonía de la clase dominante. El carácter de clase de un proyecto hegemónico dado no depende de la pertenencia de clase *a priori* de sus elementos ni de ninguna identidad de clase *soi disant* profesada por quienes la proponen: en vez de ello depende de los efectos de perseguir ese proyecto en una coyuntura determinada. En muchas ocasiones, un proyecto hegemónico bur-

gués conlleva la negación de antagonismos de clase (y en ocasiones, aún la existencia de las clases) o da prioridad a objetivos no económicos o no clasistas. Pero tales objetivos siguen dependiendo del proceso de acumulación (entre otras cosas), y siguen siendo, por tanto, económicamente condicionados y económicamente relevantes. Más aún, la interpelación de las clases en términos no clasistas significa que hay que estar preparados para la representación de tales intereses no clasistas y la satisfacción de sus demandas. Al respec-

to, el crecimiento de movimientos sociales novedosos crea un problema a los proyectos hegemónicos existentes en la medida en que ni las formas parlamentarias ni las corporativas poseen los medios para integrarlas a las bases sociales del estado capitalista. Pero la referencia a tales problemas apunta problemas cuyo tratamiento requiere de un estudio más detallado que escapa a los alcances de este artículo.

(Traducción de David Torres Mejía y Cristina Puga).